



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES COMICAS

BALBINA IGLESIAS



Tiene chic,
canta bien,
es joven y guapa,
¿qué más quiere usted?

Lit. de Bravo Resengano 14 Madrid.

Propiedad de S. A. del

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Solemne novena, por Juan Pérez Zúñiga.—El que hace un cesto..., por José López Silva.—Pelos, por Manuel Matoses.—Un conflicto, por Sinesio Delgado.—Opiniones, por José Contreras.—¡Si lo supieran!, por Julio Arribas Moreno.—La envidia, por José García Plaza.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Balbina Iglesias.—Variedades.—Modas, por Cilla.



Ya, gracias á Dios, brilla el sol y hemos conseguido desterrar los impermeables.

La juventud puede respirar libre de este peso y comienzan á salir á la superficie los trajecitos de siete duros con pintitas.

De día en día aumentan los recursos de nuestros elegantes. Hay sastre que facilita, por la módica cantidad de veinticinco pesetas, los siguientes efectos: chaquet, chaleco, pantalón y gorro á la inglesa para andar por casa. Los sombrereros ofrecen su mercancía cobrándola á plazos, á razón de una peseta por semana, como las camas sin fiador, y los zapateros se contentan con que el comprador entregue al contado medio duro y se comprometa á pagar el resto en los años que le queden de existencia. Sólo así pueden los jóvenes de pocos recursos satisfacer las necesidades de la estética y hermostrar las calles de la vida.

En otros tiempos el que se encargaba una levita, podía decirse que realizaba una importante operación *bursátil*, y antes de decidirse reunía á su familia en consejo.

—Vamos á ver—decía solemnemente la persona más caracterizada de la familia:—Se trata de comprar una levita, ¿verdad?

—Sí, señor—contestaba el interesado con humilde acento.

—Examinemos la cuestión con parsimonia. El paño negro suele traer inconvenientes graves. Primeramente, discutamos si convendría que fuese negro ó color de castaña; después veamos si tu posición social te permite hacer el desembolso proyectado.

Casi siempre el consejo resolvía aplazar la adquisición de la prenda, y en muchas ocasiones comenzaba la discusión acerca de un gabán, y se concluía por acordar que el interesado se comprase un chaleco ó una gorra.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente, y á lo mejor vemos por ahí levitas de papel secante que no resisten la acción del sol, ni la de la lluvia, ni la de los aires colados. La juventud se arroja desenfrenadamente sobre las prendas baratas, y las compra sin buscar el consejo de nadie.

Un amigo mío compró el invierno pasado un gabán de abrigo por seis duros. Fué á ver á su novia, que vive en las afueras, y la lluvia le sorprendió en el camino. Cuando llegó á presencia de la mujer amada, aquello ya no era gabán.

—¡Cómo! ¿Qué traes, Luisito?—le preguntó ella con asombro.

—Un gabán—contestó él.

—¡Pues si parece una chaquetilla toreral!

La humedad había encogido la prenda hasta un punto inverosímil.

Hoy, mi amigo la usa como batín para levantarse de la cama, y mientras él está en la calle se lo pone su señora, á guisa de tonelete para hacer la limpieza.

*
* *

Sólo introduciendo la baratura en todos los ramos, se consigue que la gente no ande por ahí de riguroso cutis y que no fallezcan por falta de nutrición muchos desgraciados.

Por una peseta le daban á uno de comer espléndidamen-

te en unos *restaurants* modestos, pero honrados: ahora hay quien ofrece almuerzo y comida por seis reales, con palillo y agua á discreción.

Llega uno al sitio de la catástrofe, y acude el mozo solícito.

—¿Qué va á ser?

—Tráeme eso.

—¿Y qué es eso?

—El almuerzo y la comida de los seis reales.

—Los almuerzos se sirven por la mañana solamente.

—Bueno, pues trae la comida. ¡Qué le vamos á hacer!

El mozo reaparece con una sopera en una mano y un panecillo en la otra, y pone ambos objetos sobre la mesa.

—Entonces el parroquiano, que suele tener abierto el apetito de par en par, llena su plato hasta los bordes y arremete contra la sopa.

—¡Cuidado no se le atraviese á V. algún huesecillo!

—¿Huesecillo? ¿Hacéis el caldo con huesos?

—¡Pues, hombre! ¿lo habíamos de hacer con carne?

—Claro está.

—También tenemos de ese, pero sólo se saca cuando se pone enfermo algún parroquiano.

—¿Suelen ponerse enfermos?

—¡Toma, toma! Algunos, en cuanto prueban el vino, caen redondos.

—¿Por la fuerza alcohólica?

—No, señor; por la fuerza del campeche.

El primer plato consiste, generalmente, en sesos rebozados.

—¿Y esto qué es?—pregunta el infeliz parroquiano.

—Sesos.

—¿De vaca?

—No, señor; de lo que se puede. A veces los traen de carnero; otras veces de cabrito; otras de buey; hoy creo que son del gato de la casa, que tuvo un disgusto y se murió.

—¿De gato? ¡Qué asco!

—¡Pues no es V. poco escrupuloso! ¿Cree V. que por tres reales y medio le iban á dar á V. sesos de Arzobispo?

Después de los sesos viene la carne con patatas nadando en un piélagos de salsa color de chocolate.

—¡Esto sí que le va á gustar á V.!—dice el mozo sonriendo.

—¿Y esto qué es?

—*Ragout*... En España le llamamos carne guisada.

—No veo la carne.

—Búsquela V. bien, porque estará por ahí. Puede que esté debajo de alguna patata.

—¡Ah, sí! Ahora la veo. ¿Tiene V. la seguridad de que es carne?

—¡Hombre! Yo no la he visto nacer, pero digo yo que será carne.

—¿Qué dura está!

—Pues la han tenido en remojo más de dos meses.

—¿En remojo?

—El amo tiene cinco niños que gastan un dineral en calzado, y él ¿qué hace? en vez de tirar las botas cuando ya no sirven, coge las suelas, las pone en remojo, y después las guisa.

Comer en ciertos *restaurants* económicos, es entregar el estómago á lo desconocido.

Dios solo conoce los arcanos que encierran aquellas fuentes hondas y llenas de salsa.

Hay parroquiano que no puede menos de decir en presencia de su ración:

—¡Dios mío! ¿A quién me comeré hoy?

Porque teme, y no sin razón, que el mejor día le sirvan los riñones de algún amigo con salsa verde, ó se vea en el duro trance de tener que comerse las chuletas de un caballo del tranvía con patatas.

*
* *

Todo el mundo dice que no hay un cuarto, y debe ser verdad, porque yo no lo veo.

Ya los amantes no entregan á sus amadas mechones de pelo en prueba de amor, ni tarjetas fotográficas con dedica-

torias, ni flores secas; ahora el mejor testimonio de simpatía está representado por una raja de salchichón ó un trozo de queso ó una tortilla.

Los que emplean el procedimiento primitivo y manifiestan su amor por medio de flores simbólicas, están expuestos á que desaparezca en breve el testimonio, porque hay señorita que recibe el ramo y se lo come en ensalada con aceite y vinagre.

LUIS TABOADA.

SOLEMNE NOVENA

No hace mucho me dijo mi vecina
doña Rosa Medina,
después de darme su arrugada mano:
—Me figuro que usted es buen católico,
aunque suele tomarlo todo á broma.
—Sí, señora; católico, apostólico,
y no digo romano
porque soy de Madrid y no de Roma.
—¿Ha ido usted alguna tarde á la novena
que hacen solemnemente
en la iglesia de al lado, á San Clemente?
Yo le aseguro á usted que es cosa buena.
Vaya usted, don Juanito,
pues allí el alma, de consuelos llena,
se eleva á la región de lo infinito.

Aquella misma tarde, aunque llovía,
acudí á la novena presuroso;
mas de Dios en el templo majestuoso,
al ver lo que ocurría,
víctima fui de sin igual engaño,
y en lugar de elevarse el alma mía
se me cayó á los pies y se hizo daño!
En vano procuraba
olvidar de esta vida transitoria
la miserable escoria
oyendo el golpear, que no cesaba,
de las monedas que, mediante aviso,
y más que por piedad por compromiso,
iban depositando en las bandejas
grandes y chicos, jóvenes y viejas.

En tanto que en la oscura sacristía,
tras de apurar la vinajera á tragos,
se atizaban tremendos pescoceros,
por cuestión de propinas, dos monagos,
dió comienzo el sermón de los sermones.
¡Cuántísima herejía
nos dijo el orador! ¡Virgen María!
Quiso probarnos con principios fijos
que Dios no es el demonio,
que los padres engendran á sus hijos,
que el suegro de Moisés fué San Antonio,
que pasó San José su edad primera
haciendo crucifijos de madera,
que Salomón no se chupaba el dedo,
que las mujeres son mala semilla
y que el primer Concilio de Toledo
se celebró en Sevilla.

Yo, que estaba cargado
de oír aquel sermón disparatado,
del púlpito apartando la mirada,
mis ojos dirigí al opuesto lado,
y allí ví á un tal Raimundo,
muchacho muy devoto .. de su amada,
que, creyendo abstraído á todo el mundo,
á su prenda querida
endosó una cartita perfumada,
por detrás de una bruja enmohecida,
que al entrar del señor en la morada
al sueño se entregó con alma y vida.
—¡Pues señor— dije yo,—famosa fiesta!
El insigne orador cesó en sus gritos
y empezaron las voces y la orquesta
á entonar unos gozos muy bonitos.

No entendí bien la letra, francamente;
sólo oí que el tenor, á voz en cuello,
llamaba, sin reparo, á San Clemente
«linda flor de los campos,» «santo bello,»
«bravo patrono» y «virginal destello.»

Cuando el tiple cesaba en sus aullidos,
el bajo, sin querer, descarrilaba,
y el figle se esforzaba
por dejar á los fieles sin oídos.
A cada gallo que el tenor lanzaba,
respondía la trompa con un moro.
y, perdido el compás, se armó en el coro
algazara tan recia y tremebunda,
que el pobre director, como una fiera,

sacudiendo al atril soberbia tunda,
no pudo hacer carrera
de su orquesta infernal, que Dios confunda.
¡Fácil era tener recogimiento
y pensar con fervor en lo divino!
Ya no pude sufrir aquel tormento,
y abriéndome camino,
de la casa de Dios salí al momento.

Al verme por la noche doña Rosa,
me preguntó afanosa:
—¿Verdad que la función ha estado buena?
—El decirselo á usted me causa pena—
respondí,—pero ha estado lastimosa,
pues yo no he visto que en la tal novena
tributen homenaje reverente
al pobre santo las personas pías:
¡he visto que le dan, sencillamente,
una lata que dura nueve días.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL QUE HACE UN CESTO..:

I
Con mil duros en billetes
vino á la corte Manuel
para zanjar un asunto
de muchísimo interés,
y dicen que á las dos horas
un prójimo de *chaquet*
le brindó con su amistad
y ofrecióse muy cortés
á cambiarle los billetes
por oro de toda ley,
con lo cual, según le dijo,
podría sacar muy bien
un beneficio seguro
de dos y medio por diez.

Seducido por la oferta
Manolo cayó en la red
y entregó á su compañero
los mil duros en papel,
tomando cándidamente,
según comprendió después,
dos cartuchos con monedas
de riquísimo *doublé*.

.....
Cuando regresó á su pueblo
dando tormento á los piés
y entre suspiros y lágrimas
refirió el caso Manuel,
cuentan que su pobre padre
con la mayor sencillez
le arrimó dos estacazos
de superior *calité*;
y el pobre chico decía
llorando á más no poder:
—¡No volverán á engañarme!
¡Yo se lo aseguro á usted!—

II

Era una chica preciosa
la sobrinita del Juez,

y aunque cuatro maldicientes
nombraban á un tal Gabriel,
á quien ella en otro tiempo
concedió alguna merced,
lo cierto es que en Villatuerta
cuando se hablaba de Inés
casi todos elogiaban
su acrisolada honradez.

Pór esta causa sin duda
Manolo en un dos por tres
declaróse sin rodeos
á la sobrina del Juez,
despreciando las hablillas
de aquellos, que según él,
buscaban en la calumnia
venganza de algún desdén,
y aunque por desengañarle,
con la mayor buena fé
su pobre padre hizo todo
lo que un padre puede hacer,
incluso darle dos palos
como los de la otra vez,
tomó tales proporciones
el cariño del doncel
y tan diestramente supo
catequizarle su Inés
que ambos amantes quedaron
hechos marido y mujer,
como manda Dios, un martes
del año setenta y seis.

.....
No se sabe con certeza
si tendría el buen Manuel
algún disgustillo grave
que no esperaba tener;
pero cuando al otro día
le daban el parabién
contestaba tristemente:
—¡Muchas gracias; no hay por qué!—

J. LÓPEZ SILVA.

PELOS

Para que el hombre sea completamente feliz en la tierra (pues la felicidad del cielo es cosa problemática), le faltan una infinidad de cosas y le sobran otras muchas más.

No hablemos hoy de las que le faltan, que tiempo habrá para ello, y hablemos de alguna de las que le sobran.

Yo de las primeras cosas que echo de más son los pelos.

El pelón, ó para que nos entendamos todos, el que no tiene pelo, ni de tonto ni de listo, ha sido siempre objeto de burla por parte de todos, y sin embargo, el estado de pelón ha sido siempre para mí el estado más perfecto del hombre.

Los hay que avergonzados de su pelonería, la cubren con peluca; pero aun esto es envidiable, porque disfrutan de todas las ventajas del no tener pelo y de todas las apariencias que el tenerle ofrece.

Aun si el pelo ofreciera algunas ventajas al hombre, pase; pero no ofreciéndolas, ¿qué se propuso la naturaleza al condenarnos á cuidar continuamente de la cabeza y la barba?

Si el pan nuestro de cada día nos viniera del cielo y no tuviéramos que ganárnosle acá en la tierra, podría tolerarse el

VARIEDADES



pensar que yo estaba arando hace cuatro meses



EXPOSICION PROXIMA

¡Sola... y triste!



El asunto no llamará mucha la atención, pero lo que es los detalles. Esta caja de cerillas aquí, sobre la mesa de noche, con cincuenta y seis fósforos que se pueden contar uno por uno, tiene que alborotar, no hay remedio!

—Esta mano es la que voy á pedir á tu mamá mediatamente.
 —Ayl es inútil! Se la hemos concedido á Menéndez.
 —¿Sí? Pues entonces... dame la otra.



—Mira qué mujer, chico.
 —¿A la he visto? Es la mía!



—A mí que no me digan. El vino estaba compuesto y eso es lo que le da compaña á uno!



Todo el mundo se ha escamado ya de los padres de familia necesitados. ¡No hay más remedio que probar la menestra de los Asilos de la noche!



—¿Dónde va V., marquesa?
 —Aquí, al hotel de los Rocafuerte.
 —¿Ahí tienen VV sauterie?
 —No, señor, tenemos ensayo de partes.



—Pues... yo venía á pedir á V. cuatro pesetas.
 —Pues... yo estaba aquí para negárselas á V.



¡INOCENCIA!

Retrato de una sobrina de una amiga de uno de los miembros del jurado. (Primera medalla, ó no hay justicia en la tierra.)

pelo, porque al cabo serviría su cuidado de honesta distracción; pero si el hombre necesita el día casi completo para trabajar y la noche para el descanso, obligarle á que cuide de aderezar su pelo es imponerle una servidumbre que sólo la costumbre y la fuerza han podido quitarle el carácter odioso que tiene.

Debiera, pues, la naturaleza darles todo el pelo que bien le pareciera á los ricos, que nada tienen que hacer, y aun á los empleados públicos, que teniendo, no les da la gana de hacerlo, y debiera á los demás ó pelarnos, para quitarnos esa gabela, ó bien permitir que una vez rapados y afeitados, fuera ese nuestro estado definitivo y que no creciera más el cabello y la barba.

Ya se supone que de lo que yo me quejo es de tener que vivir entregando semanalmente la cabeza á un barbero ó de tener que descender un hombre á ser barbero de sí mismo.

Es preferible esto último, sin duda alguna; pero hasta que un hombre llega á tener confianza con sus propias carnes y á manejar la navaja sin temor á sacarse un filete de un carrillo, ¿cuántos y cuántos sustos y temores y ensayos no necesita?

Pero como digo, todo se puede tolerar, con tal de no sufrir al barbero, que siendo uno de los personajes á quienes más odiamos, es precisamente al que tratamos con más deferencia y al que dedicamos nuestras sonrisas.

Yo no sé á cuál de los barberos profeso más aversión. Los hay políticos, los hay literarios, y criminalistas y taurinos. Lo que no los hay es callados y prudentes. Y es un verdadero suplicio que mientras le rasan á uno la barba, no siempre con la suavidad que su argumento requiere, tenga que enterarse de las condiciones de Sagasta, ó del último drama de Echegaray, ó de los pormenores del crimen de la calle del Amparo, ó de lo desviada que dió Lagartijo su última estocada.

Si cada uno tuviera el pelo que quisiera, ó si fuera permitido dejarle crecer á su antojo, sin aliñarle, como se hace con la boca ó la nariz, sería, por lo menos, cosa de gusto el ir á la peluquería á sufrir las molestias consiguientes y las consiguientes preguntas del barbero.

Pero el hombre, que de todo hace motivo de vanidad, ha dado en convertir el arreglo del pelo en objeto de lujo, y ha llegado hasta elevar á arte el sencillísimo trabajo de cortarle, rizarle y afeitarse, hasta el punto de haber especialistas en eso, como los hay para extraer muelas y para las enfermedades del estómago, y lo digo porque he visto en una barbería de barrio bajo un letrado que dice: «Se corta el pelo á la sevillana y á la capul.» Eso de «á la capul» debe, sin duda, tener el gremio doctores que lo expliquen. En cuanto á mí, lo ignoro y lo desprecio.

Lo primero que se me ocurre cuando veo á un hombre rizado, peinado, con la cara tersa y el bigote engomado, con las guías corniveletas, es considerar lo poco que tendrá que hacer y envidiarle sus pocas ocupaciones; pues no se concibe que un hombre emplee media hora ó una frente á un espejo, retorciéndose el mostacho con los dedos y dándole cosmético, para que las puntas guarden posición idéntica.

Hay, sin embargo, sujetos que encuentran deleite en todas esas operaciones y quien va todos los días á la peluquería, y hasta quien va dos veces al día, que ya para lo que falta, deberían llevar siempre al lado el peluquero, como se lleva el lacayo, y darle á atusar el bigote en mitad de la calle, ó al salir del café, ó al entrar á hacer una visita.

Estos de que hablo revelan, sin querer, la debilidad que tienen por la belleza de sus cabellos, porque los encontrarán ustedes por la calle, parados ante los escaparates que tienen buen cristal, convirtiendo éste en espejo y ordenando sus guías ó poniendo en correcta formación las sortijillas de la cabeza. Los verán VV. salir de las peluquerías con aire de triunfo, como si echarse á la calle recién afeitados y comenzar á rendirse los corazones femeninos fuera todo uno. Creen que lo único que se puede poseer en el mundo es un buen bigote, ó unas patillas simétricas y felpudas, y así se cuidan de aprender ortografía, que es lo menos que un hombre necesita, como de que se han de morir.

Lo más gracioso es que muchos de éstos hablan mal del Gobierno y de las tiranías, cuando viven sujetos á la tiranía de sus propias barbas, y ponen á diario la cabeza en manos de ese verdugo meloso y almibarado que se llama peluquero.

Y nada más se me ocurre hoy sobre el particular.

Tenía ganas de hacer pública mi protesta contra los pelos y contra una sociedad como ésta, que tiene tan pocas cosas de qué ocuparse, que se pasan muchos hombres una buena parte del tiempo criticando las barbas de los otros y echando las suyas en remojo, para no ser criticados.

También protesto contra el crecimiento continuo del pelo, y en cuanto á esos señores que publican anuncios en los periódicos, encabezándolos con epígrafes de letras gordas, en que se

lee «No más calvos,» á esos ya los cogeré por mi cuenta y los pondré de vuelta y media en cuanto tenga ocasión.

¡No más calvos! ¿Y ellos qué saben? ¿Quién les ha dicho á ellos que el estado perfecto del hombre no es la ausencia de toda clase de pelos?

MANUEL MATOSES.

UN CONFLICTO

¡Lo que es la vida, Señor!
Está uno desprevenido
y se ve comprometido
de firme, y á lo mejor.

Ayer salió de paseo
mi buen amigo Ginés,
el cual buen amigo, es,
con perdón, bastante feo.

Pero como en los placeres
y en el amor es muy ducho,
aunque feo, tiene mucho
partido con las mujeres.

¡Vaya usted á averiguar
por qué ocurren estas cosas!
Nunca tienen las hermosas
una razón para amar.

Es el caso que á Ginés
le ayuda en su empresa Dios,
y cuando no tiene dos
tiene, por lo menos, tres.

Sólo una chica barbiana
muy linda entre las más lindas,
con los labios como guindas
y las mejillas de grana,

se ha resistido á Ginés,
y siempre que él se decide,
con sus desdenes impide
que se le vayan los piés.

Él, ante la oposición,
redobla su rudo empeño.
¡Daría por ser su dueño
la mitad del corazón!

Pero ¡nítido machacar!
¡Todo ante el hielo se estrella!
Él lo daría, pero ella
no se lo quiere tomar.

En cambio, otra pobrecita
que le adora con exceso,
llora despreciada; ¡y eso
que también es muy bonita!

Ya sabe Ginés que llora
por él, cuando le halla al paso,
pero nunca la hace caso
¡por lo mismo que le adora!

Hecho el prólogo, ó lo que es,
que considero preciso,
voy á lo del compromiso
en que se encontró Ginés.

Salió el hombre á pasear
(estaba el día lluvioso)
con un paraguas precioso
que acababa de comprar.

Al poco tiempo, hacia él
¡oh hados! vió que venía
la mujer á quien quería
con la que le amaba fiel.

Ambas juntitas, del brazo...
¡Tenía el lance salero!
Las saludó el caballero
con un poco de embarazo.

A tiempo que un chaparrón
(aquí empieza el compromiso)
caía, sin previo aviso,
para embrollar la cuestión.

Era preciso ofrecer
el paraguas á cualquiera;
pero de las dos, ¿quién era
la mejor? ¡Vamos á ver!

Si del copioso aguacero
á la que amaba libraba,
podría, la que le amaba,
llamarle mal caballero.

Porque pasa en sociedad
pagar con el mal el bien
y el amor con el desdén,
¡pero no con crueldad!

Y si haciéndola un favor
el auxilio la ofrecía
del paraguas, ¿qué diría
el objeto de su amor?

Se comprende fácilmente
que lo perdería todo;
¡no se porta de ese modo
una persona decente!

Apretadillo era el paso,
porque llovía y llovía...
Y el buen Ginés no sabía
cómo resolver el caso.

Acabó el chubasco. ¡Dios
quiso sacarle de cuitas!
¡Pero estaban caladitas
hasta los huesos las dos!

Ustedes ¡claro! dirán
que no era para apurarse,
pues debió sacrificarse
por las damas el galán.

Con su paraguas cubrir
pudo á las dos el cuitado,
y aunque él se hubiera mojado
no lo habría de sentir.

¡Es lógico! Pero debo
decir una cosa, y es
que aquella tarde Ginés
llevaba sombrero nuevo.

SINESIO DELGADO.

OPINIONES

Se hablaba en una reunión
de lo que el cielo sería,
y cada cual su opinión
daba, según lo creía.

—En mi concepto ha de ser—
dijo un casado furioso,
un sitio muy delicioso
donde no haya una mujer.

Un despreciable usurero
que en todo ve el oro vil
repuso:—Allí al veinte mil
ha de prestarse el dinero.—

Un ex-ministro melón
que no hizo nada en su vida:
—Allí estará suprimida
la prensa de oposición.—

Dijo, al llegarle su vez
un bebedor veterano:

—En la estación del verano
se bañarán en Jerez.—

Y en graciosa confusión
iban emitiendo todos,
de mil diferentes modos
sobre el cielo su opinión.

—Serán las chicas divinas.
—Todos serán caballeros.
—No habrá suegras.—Ni caseros.
—Ni necios.—Ni Celestinas.—

Y un chulo con mucha sal,
que es del juego apasionado
al ser también preguntado,
dijo muy grave y formal:

—El cielo no lo comprendo
como no se esté jugando,
con el banquero perdiendo
y los ángeles ganando.—

JOSÉ CONTRERAS.

¡SI LO SUPIERAN!...

Mis amigos son todos muy importunos, se ocupan de mí mucho más que debieran, que la anemia me vence, dicen algunos, y yo me callo y digo: ¡Si lo supieran!

Consiguen que me aburra y hasta me irrite al oír sus consejos, y me propaso á chillarles muy fuerte; pero aunque grite ¿creen ustedes que callan y me hacen caso?

Todos dicen al verme que estoy muy feo, que cafés no frecuente ni esté de baile porque estoy amarillo como un fideo de los que sus patronas llaman de fraile.

Lo han tomado ya á guasa, y hasta mis jefes me están diciendo siempre majaderías. ¿A nadie qué le importa? ¡so mequetrefes! ¿Ni á qué venirme siempre con tonterías?

Lo cierto es que me tienen estos señores aburrido y enfermo con su cuidado; unos dicen que es pena, y otros que amores, mas á todos la causa les he ocultado.

¡Si las rejas hablaran, cuánto dirían! ¡Si á las diez de la noche día se hiciera! entonces sí que al verme bendecirían su suerte y mi desgracia (¡Dios no lo quiera!).

Don Juan y don Mariano (su suegro), un día me dijeron, al verme tan abatido, que en su casa me vieron noches hacía pegadito á la reja buscando un nido.

Suponen que las noches con la niñera de palique las paso por la ventana, y dicen que me han visto que á la portera he dado varias cartas por la mañana.

Si algunas tardes, pocas, voy de paseo por la calle en que habita mi buen amigo, á sus hijos pintando cuernos me veo con gracias infantiles en el postigo.

Dos cosas no comprenden estos benditos y que sólo creerían cuando lo vieran: mi dolencia, y la tema de sus hijitos. Y yo me río y digo: ¡Si lo supieran!

JULIO ARRIBAS MORENO.

LA ENVIDIA

Subió la envidia á la gloria y le preguntó al Señor cuál era el vicio peor, por fijarlo en su memoria.

Y dijo el Supremo Sér: «Yo decírtelo, no quiero. Toma un vidrio, en el que infiero que al peor vicio has de ver.

Tú, mira bien al través de este cristal trasparente, y verás qué fijamente has de conocer cuál es.

Vuélvete, pues, hacia allá, y al pasar los vicios, cuenta: el que haga el número treinta el peor vicio será.»

Y la envidia, muy formal, le hizo un saludo profundo y se nos volvió á este mundo con el divino cristal.

Se puso á mirar por él comenzando la revista, y sin separar la vista iba contando el tropel.

Ve los vicios con descaro y ninguno la conmueve; pero llega el veintinueve y sucede un caso raro.

Ella arruga el entrecejo porque el cristal á este punto cambia al momento de asunto y se convierte en espejo.

Y cuando en el vidrio vio su cara horrible y maldita, dijo: «Mi conciencia grita que el peor vicio soy yo.

Mis preguntas cuestan caras, mas lo tengo merecido por haberme yo metido en camisa de once varas.»

JOSÉ GARCÍA PLAZA.



Se ha impreso ya la última comedia del Sr. Sánchez Pérez, *Clases de adorno*, representada con éxito extraordinario en el teatro de la Princesa.

La prensa se ocupó oportunamente de esta bellísima producción, y nosotros no añadiremos nada, porque, esto Inés ello se alaba; no es menester alaballo.

¡Viva mi tierra!
Casi todos los periódicos que se publican en Roma hablan

con entusiasmo del grandioso cuadro que ha pintado nuestro compatriota D. Ricardo Villodas con destino á la próxima exposición de pinturas.

Ahora lo que falta saber es qué les parece á los señores que compondrán el jurado.

Porque de no dedicarse á pintar ningún hijo, ni sobrino, ni yerno de los Sres. Ministros, es de esperar que haya en las calificaciones imparcialidad. ¡Bien, que no!



—¿De qué es esta esculturita?—
preguntó don Homobono,
académico notable
y literato famoso.

—Esta es de barro cocido.

—En efecto, sí; *barroco*.



Entre bohemios:

—Tú, en los ratos perdidos, ¿qué haces?

—Trabajo.



Entre el viaje de Becerra y los de los Duques de Montpensier me tienen frito.

¡No se puede leer *La Correspondencia*!

Es decir, queda el anuncio del Dr. Porras.



Libros:

Sueños, poema de D. Alonso E. Ollero, en que demuestra grandes condiciones para este género de poesía. Damos la enhorabuena al poeta.

Fisonomía del bello sexo, interesante folleto de D. Javier Soravilla, conocido escritor y compañero nuestro en la prensa. Es preciso leerlo... por la cuenta que nos tiene, pues de él pueden sacarse provechosas enseñanzas.

Arco iris se titula el tomo primero de la Biblioteca X que han empezado á publicar los Sres. Albéniz, Borrás, Camacho, de Diego, Martínez Medina y algunos otros. Auguramos un gran éxito á la nueva Biblioteca.

«Pedro Recio de Tirteafuera» (pseudónimo tras el que se oculta el nombre de un escritor, no tan conocido como debiera serlo, dado el mérito de sus trabajos) ha comenzado á publicar con el título de *Muerte* un poema en cinco cantos, de los cuales el primero, «Caín», hemos tenido el gusto de hojear.

Contiene trozos de poesía elevada y pensamientos muy bellos, que hacen sumamente agradable su lectura.

Con estas condiciones, ¿quién no desea la *Muerte*?

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Perengano.—Está asaz descuidada la forma. (¡Eh! ¡Qué lenguaje!)

Franquezas.—Son vulgares. Y valga la franqueza.

Sr. D. J. H.—Madrid.—Siento el percancé; pero ya es tarde para remediarlo.

Sr. D. C. P.—Valladolid.—Si tuviera *chic*, bueno; pero como no le tiene...

Sr. D. M. M.—Zaragoza.—Resulta demasiado seria Respecto á la otra, ya sabe V. que cuando no se contesta...

K. K. O.—¡Pero hombre, que me manda V. siempre los mismos! ¿O cree V. que no tengo memoria?

Fulanito de Tal.—Francamente, esas cosas de las pulgas, y con tal lujo de interioridades, resultan fuertecitas.

Noel.—Zamora.—Advierto á V. que no todas las palabras se escriben con b. Hay algunas que se escriben con v. Y que los versos endecasílabos son cosa difícil.

Sr. D. M. G. A.—Madrid.—No es que se haya perdido. Es que no la ha llegado el turno. Y falta bastante todavía.

Eum.—Perdón; pero está V. en la infancia de la literatura.

Uno.—Le digo á V. lo mismo que al otro, al anterior.

Sr. D. A. P.—Madrid.—¡Por Dios! Ha descendido demasiado el enfermo. El asunto tiene cierta gracia.

Napoleón.—Zamora.—Perdone V. Aquello no era de Villergas, se parecía en la *factura*, y de ahí mi equivocación.

Sr. D. J. M.—Madrid.—Versifica V. bien, pero los asuntos se resienten de vulgaridad.

Sr. D. R. L.—Santander.—Ese soneto tiene catorce versos, de los cuales dos son largos.

Linfático.—Barcelona.—No está mal hecha; pero la verdad, no tiene gracia. Vamos, que es sosa.

Sr. D. D. H.—Madrid.—Pero Calderón no empezó así. Estudie V. mucho antes.

Sr. D. R. de V.—Barcelona.—Tiene V. razón. Es demasiado ligera.

Principiante.—Lo único malo que hay es que no tienen nada de particular.



Sombreros Giralda, que se llevarán pronto de tamaño natural, al paso que vamos.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 7'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 30 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A librereros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100 por venderlos, quedando cada cartulina 35 céntimos